

La vida intelectual: pensar, leer, escribir.

Los textos son el mejor producto de la vida intelectual. Son tejidos verbales, son los bordados elaborados con los hilos de la propia existencia (pensar) y de la experiencia de los demás (leer).

La aventura de pensar.

Las personas que siguen la vida intelectual se arriesgan al cambio, porque el genuino deseo de aprender implica el no darse por satisfecho con lo que uno tiende naturalmente a pensar, sea por tradición, hábito o costumbre.

El aprendiz progresa en tres ejes distintos de su vida: decir lo que piensa (espontaneidad), pensar lo que vivimos (reflexión), vivir lo que decimos (corazón). Esto con el fin de ganar en protagonismo del propio vivir.

La espontaneidad es la esencia de la vida intelectual, porque callar lo que pensamos equivaldría a renunciar a esa vida (amor) intelectual (inteligencia), es decir, se encorseta el vivir y se ciega la expresión.

Una senda para progresar en esos aspectos es la escritura, porque nos ayuda a reflexionar lo que pensamos y a comprometernos con lo que decimos.

El horizonte de la vida intelectual se ensancha mediante el estudio, la conversación, la lectura y el cine, pero en particular se enriquece mediante la escritura de aquellas cosas que a cada uno interesan o inquietan.

El placer de leer.

La primera etapa para escribir consiste en identificar aquellos fragmentos de texto que nos lleguen al corazón y leerlos muchas veces.

Se recomienda anotar esos fragmentos a mano junto con su fuente, de esta manera, la próxima vez que nos dispongamos a escribir, no tendremos una hoja en blanco, sino muchas ideas maduradas con nuestra imaginación.

La etapa inicial de la lectura consiste en leer lo que nos guste. La lectura es siempre lactancia intelectual.

No tiene sentido torturarse leyendo algo que no atraiga nuestra atención, ni obligarse a terminarlo por el simple hecho de haberlo comenzado.

No importa el orden ni tamaño del libro, pero sí hay que llevarlo a todos lados para aprovechar las esperas y los tiempos muertos.

Se recomienda una octavilla que nos sirva para anotar aquellas palabras que queremos buscar en el diccionario, o ideas o reflexiones que hayan surgido durante la lectura.

Aprender a escribir.

Para llegar a ser el autor efectivo de la propia vida: articular la propia biografía, tanto de la vida pasada como de la proyección a futuro de nuestras mismas aspiraciones.

Una ayuda para comprender un problema de cualquier naturaleza describirlo de forma sumaria por escrito. De cierta forma, da la sensación de que un problema que puede ser escrito, es manejable.

La mejor práctica para escribir es hacerlo mucho; con paciencia infinita, sin prisas, y corrigiendo mucho.

Para el universitario, escribir es vivir. (To publish or to perish!)

Conclusión.

Escribir, leer, volver a leer y volver a escribir: son los recursos del pensar.